

Louise Erdrich

La Reina de la Remolacha

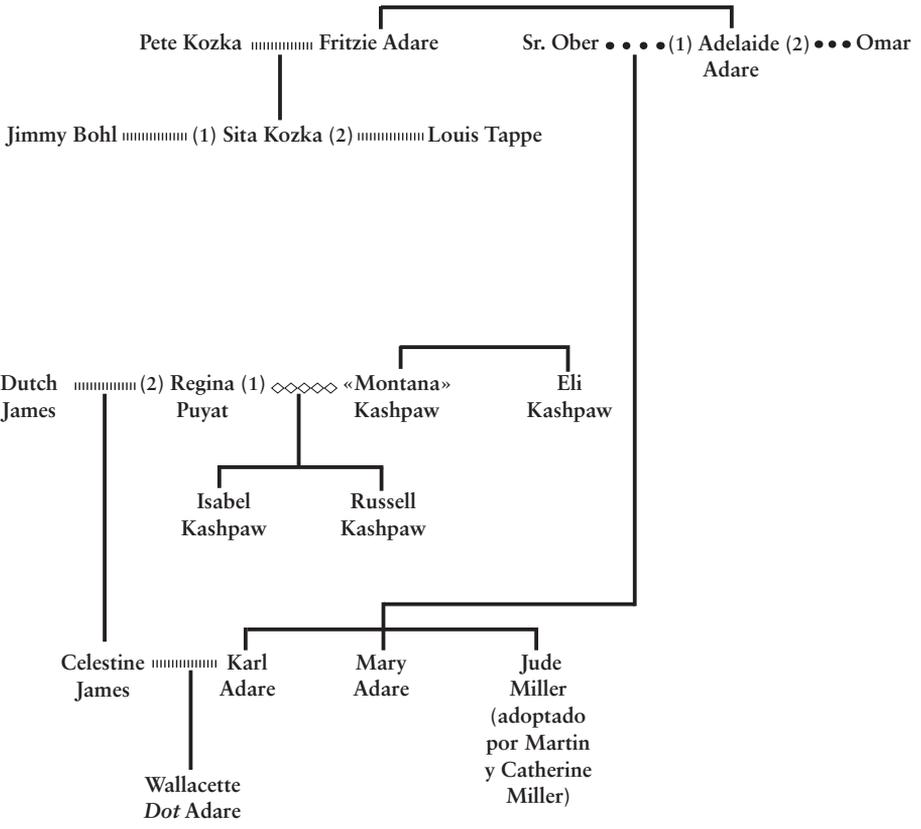
Traducción del inglés de Carlos Peralta

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

A Michael,

cómplice en
cada palabra, esencial
como el aire.

Quiero dar las gracias, primero, a mi padre Ralph Erdrich y también a mi abuela Mary Erdrich Korll, a nuestro editor Richard Seaver, a nuestra tía Virginia Burkhardt por su generoso entusiasmo y su admiración, a Charles Rembar, y a Barbara Bonner, amiga y apasionada lectora.



◇◇◇◇ Matrimonio ojibwe tradicional
 Aventura sexual o relación sentimental
 ||||| Matrimonio católico o civil

La rama

Mucho antes de que en Argus se plantaran remolachas y construyeran autopistas ya había un ferrocarril. Por sus vías, que atravesaban la frontera entre Dakota y Minnesota y se extendían hasta Minneapolis, llegaron todas las cosas que hicieron esta ciudad. Las cosas que la echaban a perder también se fueron por ese camino. Una fría mañana de primavera de 1932 el tren, un tren de mercancías, trajo a la vez una adición y una sustracción. Ambas llegaron a Argus con los labios morados y los pies tan entumecidos que, cuando saltaron del vagón, tropezaron y se destrozaron las palmas y las rodillas contra el suelo cubierto de ceniza.

El chico, alto para sus catorce años, estaba encorvado por el brusco crecimiento y era muy pálido. Tenía la boca dulcemente curvada, la piel fina como de niña. Su hermana sólo tenía once años, pero era ya tan baja y corriente que parecía obvio que se iba a quedar siempre así. Su nombre era práctico y cuadrado, como ella misma. Mary. Se sacudió el abrigo e hizo frente al viento húmedo. Entre los edificios sólo podía ver más horizonte desnudo y, de vez en cuando, hombres que lo atravesaban. En esa época el trigo era la cosecha principal y el suelo fértil había sido arado hacía tan poco que todavía no había volado completamente, como en Kansas. En realidad, las cosas eran generalmente mucho mejores en el este de Dakota del Norte que en la mayoría de los lugares, y por eso Karl y Mary Adare habían venido en ese tren. Fritzie, la hermana de su madre, vivía en el límite oriental de la ciudad. Ella y su marido eran dueños de una carnicería.

Los dos Adare se metieron las manos en las mangas y echaron a andar. Una vez que empezaron a moverse entraron en calor, aunque habían estado viajando toda la noche y el frío les había calado hondo. Se dirigieron hacia el este por la ancha calle principal de tierra y tablones, leyendo los letreros de todas las tiendecillas improvisadas que veían incluso las letras doradas del edificio de ladrillo del banco. Ninguno de esos sitios era una carnicería. De pronto las tiendas se acabaron y aparecieron una serie de casas, grisáceas debido a las inclemencias del tiempo o a la pintura resquebrajada, con perros atados a la barandilla del porche.

En los patios de algunas casas había árboles jóvenes y uno de ellos, endeble, un rayo de luz sobre el gris universal, agitaba una capa de flores. Mary avanzó firmemente, casi sin mirarlo, pero Karl se detuvo. El árbol lo atrajo con su delicada fragancia. Sus mejillas se colorearon, estiró los brazos como un sonámbulo y con un largo movimiento extático flotó hasta el árbol y hundió la cara entre los pétalos blancos.

Cuando se volvió a mirar a Karl, Mary se asustó porque se había quedado muy rezagado y estaba inmóvil, con la cara pegada contra las flores. Gritó pero él no dio muestras de oír: estaba paralizado, extraño, entre las ramas. No se movió ni siquiera cuando el perro ladró y tiró de su cuerda. No advirtió que la puerta de la casa se abría y que una mujer salía precipitadamente. Le gritó a Karl, pero él no respondió y ella desató el perro. Grande y ansioso, avanzó dando grandes saltos. Y entonces, para protegerse o para coger las flores, Karl se estiró y arrancó una rama del árbol.

Era una rama tan grande, y el árbol tan pequeño, que el moho atacaría la cicatriz. Las hojas caerían más tarde ese verano y la savia retornaría a las raíces. La primavera siguiente, cuando Mary pasó por su lado para hacer algún recado, vio que no había florecido y recordó que, cuando el perro se había lanzado contra Karl, él lo había amenazado con la rama y los pétalos habían caído alrededor del fiero cuerpo extendido del perro como súbita nieve. Luego había gritado: «¡Corre!», y Mary había corrido hacia el este, hacia tía Fritzie. Pero Karl había corrido de vuelta hacia el tren, hacia el vagón de carga.

Primera parte

Capítulo uno

(1932)

MARY ADARE

De modo que así fue como llegué a Argus. Yo era la niña del abrigo tieso.

Después de correr ciegamente y detenerme asustada al no ver detrás a Karl, lo busqué con la mirada y oí el pitido largo y agudo del tren. Fue entonces cuando comprendí que probablemente Karl había saltado al mismo vagón de carga y ahora estaba acurrucado entre la paja mirando por la puerta abierta. La única diferencia era la rama fragante que florecía en su mano. Vi el tren que se arrastraba como una sarta de cuentas negras por el horizonte, de la misma manera que he visto tantas veces después. Cuando se perdió de vista me miré los pies. Tenía miedo. No era que sin Karl no tuviera a nadie que me protegiera, sino exactamente al revés. Sin nadie a quien cuidar y proteger, me sentía débil. Karl era más alto que yo pero escuálido, y por supuesto mayor, pero miedoso. Padecía fiebres que lo sumían en un estupor soñoliento y era muy sensible a los ruidos estridentes y a las luces crueles. Mi madre decía que era delicado, y que yo era todo lo contrario. Era yo la que mendigaba las manzanas demasiado maduras en la tienda y robaba crema de leche del patio trasero de la lechería de Minneapolis, donde vivíamos el invierno siguiente a la muerte de mi padre.

Esta historia empieza en ese momento, porque antes y de no haber sido por el año 1929, nuestra familia probablemente ha-

bría seguido viviendo cómodamente en una casa blanca aislada y solitaria en la orilla del lago Prairie.

Rara vez veíamos a nadie. Sólo estábamos nosotros tres: Karl, yo y nuestra madre, Adelaide. Incluso entonces había en nosotros algo diferente. Nuestro único visitante era Ober, un hombre con una barba negra cuidadosamente recortada. Era propietario de todo un condado de trigales en Minnesota. Dos o tres veces por semana aparecía al atardecer y guardaba su coche en el establo.

Karl odiaba las visitas del señor Ober, pero yo las esperaba porque siempre alegraban a mi madre. Era como si en casa cambiara el clima. Recuerdo que la última noche que vino el señor Ober, ella se puso el vestido de seda azul y el collar de piedras brillantes que, como sabíamos, le había regalado él. Se hizo un moño con su trenza de color rojo oscuro y lo sujetó con alfileres y luego me cepilló el pelo con cien suaves pasadas iguales. Cerré los ojos y la escuché contar.

–Esto no lo has heredado de mí –dijo finalmente, mientras dejaba caer el pelo lacio y negro sobre mis hombros.

Cuando llegó el señor Ober, fuimos con él a la sala. Karl, en el sofá de crin, fingía fascinación por los losanges rojos tejidos de la alfombra. Como era habitual, el señor Ober me eligió a mí para sus mimos. Me puso en sus rodillas, llamándome Schatze.

–Para su pelo, señorita –dijo, mientras sacaba del bolsillo de la chaqueta una cinta de satén verde. Tenía una voz grave, pero me gustaba su sonido en contrapunto con la de mi madre o solapándola. Más tarde, cuando nos enviaron a la cama a Karl y a mí, me quedé escuchando, despierta, las voces adultas que se elevaban, enredaban y caían, primero en la sala de la planta baja y luego, apagadas, en el comedor. Oí que ambos subían las escaleras. Se cerró la gran puerta al final del pasillo. Mantuve los ojos abiertos. Oscuridad, los crujidos y sobresaltos de una casa por la noche, el viento en las ramas, golpeando. Por la mañana él se había marchado.

Al día siguiente Karl estuvo enfurruñado hasta que nuestra madre le devolvió el buen humor con besos y abrazos. Yo también estaba triste, pero conmigo ella no tenía paciencia.

Karl siempre cogía antes que nadie el periódico del domingo para ver los cómics, de modo que fue él quien descubrió en la primera página la foto del señor Ober y su esposa. Había habido un accidente durante la carga del trigo en un silo y el señor Ober había muerto asfixiado. Madre y yo estábamos limpiando los cajones de la cocina y recortando papel blanco para forrarlos cuando Karl trajo el periódico y nos lo mostró. Recuerdo que Adelaide llevaba el pelo peinado en dos trenzas rojas torcidas y que cayó al suelo cuan larga era. Karl y yo nos agachamos a su lado, muy cerca, y cuando abrió los ojos la ayudé a sentarse en una silla.

Movía la cabeza hacia atrás y hacia delante, no quería hablar y se estremecía como una muñeca rota. Luego miró a Karl y vio que él no lo sentía.

—¡Tú te alegras! —exclamó.

Karl apartó la cabeza, hosco.

—¡Era tu padre! —dijo ella.

Así se supo.

Mi madre sabía que ahora lo había perdido todo. La mujer de él sonreía en la foto. Nuestra gran casa blanca estaba a nombre del señor Ober, junto con todo lo demás, excepto un coche que Adelaide vendió la mañana siguiente. El día del funeral cogimos el tren de mediodía a las ciudades sólo con lo que podíamos llevar en maletas. Mi madre pensaba que allí, con su figura y su buen aspecto, podría encontrar trabajo en una tienda elegante.

Pero no sabía que estaba embarazada. No sabía cuánto costaban verdaderamente muchas cosas. Seis meses después el dinero se acabó y estábamos desesperados.

Yo no supe lo mal que estábamos hasta que mi madre robó una docena de pesadas cucharas a la casera, que era amable, o al menos no tenía nada contra nosotros, y a quien mi madre consideraba una amiga. Adelaide no dio explicaciones cuando descubrí las cucharas en su bolsillo. Días después desaparecieron y Karl y yo tuvimos gruesos abrigos. Además, había un montón de plátanos verdes en nuestra alacena. Durante varias semanas bebimos botellas de litro de crema de leche y comimos tostadas con mantequilla y una buena capa de mermelada. Creo que poco después el niño estaba a punto de nacer.

Una tarde mi madre nos envió abajo con la casera. La mujer era corpulenta y tan insulsa que he olvidado su nombre, aunque recuerdo vívidos detalles de todo lo que ocurrió en esa ocasión. Era una tarde fría de finales del invierno. Mirábamos la vitrina donde se guardaban, después del robo, los platos pintados y los portatazas de plata. Los reflejos de nuestras caras nos miraban como fantasmas. De vez en cuando Karl y yo oíamos que alguien gritaba. Una vez algo pesado golpeó en el suelo directamente sobre nuestras cabezas. Ambos miramos al techo y extendimos los brazos como para cogerlo. No sé qué pasó por la mente de Karl, pero yo pensé que era el niño, pesado como el plomo, cayendo en línea recta a través de las nubes y del cuerpo de mi madre. Yo tenía una idea confusa del proceso del nacimiento. Fuera como fuese, ninguna explicación que yo pudiera soñar justificaba el largo grito que desgarró el aire, blanqueó la cara de Karl e hizo que se cayera de la silla hacia adelante.

Yo había renunciado a despertar a Karl cada vez que se desvanecía. Confiaba en que volvería en sí él solo, como ocurría siempre, con aire amable y deslumbrado y algo aliviado. Lo más que yo hacía era sostenerle la cabeza hasta que se le abrían los ojos.

—Ha nacido —dijo cuando recobró el sentido.

No me moví como si supiera que con ese grito se había completado nuestro desastre. Karl protestó y argumentó que por lo menos subiéramos las escaleras, aunque no llegáramos hasta la puerta, pero yo no me moví hasta que la casera bajó y nos dijo, primero, que ahora teníamos un hermanito y, segundo, que había encontrado debajo del colchón una de las cucharas de plata de su abuela y que no iba a preguntar cómo había llegado allí, pero que teníamos cuatro semanas para marcharnos.

Esa noche me dormí sentada en una silla junto a la cama de mamá, a la luz de una lámpara, sosteniendo al niño envuelto en una manta fina de lana. Karl estaba enroscado como una araña a los pies de mamá, y ella dormía profundamente con el pelo brillante y desordenado sobre las almohadas. Tenía el rostro pálido y demacrado, pero cuando habló no sentí compasión.

—Debería dejar que se muriera —murmuró. Tenía los labios

blancos, congelados en el sueño. Debería haberla despertado, pero el bebé, curvado, se apretaba contra mí.

–Podría enterrarlo en el patio trasero –susurró ella–, entre las matas.

–Mamá, despierta –dije, pero ella siguió hablando.

–No tendré leche. Estoy demasiado delgada.

Miré al bebé. Tenía la cara redonda, con manchas azules, y los párpados hinchados y casi cerrados. Parecía frágil, pero cuando se movió le puse el meñique en la boca, como había visto hacer a las mujeres para tranquilizar a los niños, y chupó ansiosamente.

–Tiene hambre –le dije.

Pero Adelaide se giró y volvió la cara hacia la pared.

La leche afluyó a los pechos de Adelaide, al principio más de la que el bebé podía tomar. Tuvo que alimentarlo. La leche rezumaba formando manchas oscuras en sus camisas de tartán verde claro. No ignoraba por completo al niño, aunque se negaba a ponerle nombre. Hizo pañales con sus enaguas y un pequeño ajuar con su camión, pero solía dejarlo llorar. A veces lloraba durante tanto tiempo que la casera subía la escalera resoplando para averiguar qué marchaba mal. Le preocupaba que estuviéramos tan desesperados y nos traía la comida que le sobraba de los inquilinos que pagaban. Sin embargo, no cambió su decisión. Debíamos marcharnos cuando terminara ese mes.

Las nubes de primavera eran altas y el aire era cálido el día que salimos a buscar otro sitio. La ropa de todos los días de mamá había sido usada para el bebé, de modo que sólo le quedaban las cosas buenas, la lana de mejor calidad, las sedas, los encajes. Llevaba un abrigo negro, un vestido negro adornado con fino encaje y delicados guantes de ganchillo. Tenía el pelo recogido en un estricto moño brillante. Íbamos por las aceras de ladrillo buscando anuncios en las ventanas, casas de huéspedes de las más baratas, barracones, hoteles. No encontramos nada y finalmente nos sentamos a descansar en un banco atornillado a la espalda de una tienda. En aquellos tiempos las calles de las ciudades eran mucho más amables. A nadie le importaba que

los pobres recuperaran sus fuerzas, dejaran caer su carga, hablaran de su fracaso en el mundo.

–Podríamos volver con Fritzie –dijo mamá–. Es mi hermana. Tendría que acogernos.

Yo sabía por su voz que eso era lo último que deseaba.

–Podrías vender tus joyas –le dije.

Mamá me dirigió una mirada de advertencia y se llevó la mano al broche del cuello. Tenía apego a las cosas que el señor Ober le había regalado a lo largo de los años. Cuando se lo pedíamos, nos las mostraba: el elaborado collar de granates, el broche de ónix, los pendientes de perlas, la peineta española y el anillo con el espléndido diamante amarillo. Yo pensaba que no las habría vendido ni siquiera para salvarnos. Nuestras penurias la habían golpeado y estaba debilitada, pero en su debilidad era también obstinada. Nos quedamos en el banco de la tienda quizá media hora; luego, Karl advirtió música en el aire.

–Mamá –suplicó–, ¡es una feria!

Como siempre ocurría, ella empezó por decir que no, pero eso era una formalidad y los dos lo sabían. En un instante él la había seducido y persuadido a que fuéramos.

En el recinto ferial de la ciudad, a unas pocas calles más allá, se estaba celebrando el Picnic de los Huérfanos, una venta de caridad a beneficio de los niños sin hogar de Saint Jerome. Vimos el alegre estandarte rojo resplandeciendo sobre la entrada, con letras brillantes hechas a mano. Había barracas de tablas entre la alta hierba de color castaño remanente del invierno. Las monjas se deslizaban entre los mostradores con estolas y medallitas consagradas o aguardaban dignamente detrás de hileras de rosarios, cajas de zapatos llenas de estampas, figuritas de santos y juguetes corrientes. Nos metimos en el alboroto, mirando los saquitos cerrados con sorpresas, los juegos de azar, los objetos religiosos y las golosinas expuestos. En una barraca donde vendían sonoros artículos de metal, mamá se detuvo y sacó de su bolso un billete de un dólar.

–Me llevaré eso –dijo al vendedor mientras señalaba. Él sacó de su caja una navaja con mango de nácar y se la dio a Karl. Luego ella señaló un collar de cuentas: de oro y plata.

–No lo quiero –dije.